

Pepe Luis Vázquez:

“Para verme torear había que esperar siete u ocho tardes en las que todo salía al revés”

“Tienes razón Pepe Luis, padre, cuando me decías tantas veces que tu hijo, aunque tiene tus hechuras, recuerda más a Antonio Bienvenida que a ti mismo. La inmensa naturalidad del maestro rediviva. Ni una arruga en la muleta, ni un feo ademán en la figura, lejos del envaramiento y de cualquier afectación. Pepe Luis toreó esta tarde con la sencillez de los grandes artistas, con la inspiración del genio en trance. ¡Qué manera de torear con la mano izquierda! Lo de Pepe Luis no son pases. Se trata de otra cosa...”. *Vicente Zabala, ABC, 28 de septiembre de 1985.*



Texto: José Ignacio de la Serna Miró
Fotos: Arjona, David Cordero y Jesús

Pregunta | Usted sólo tiene partidarios.

Respuesta | Son pocos, pero fieles (risas). Fundamentalmente son aficionados buenos, con memoria, que afortunadamente con el paso del tiempo aún siguen recordando algún detalle que han visto en el ruedo. Y digo detalles porque en mi vida ha habido pocas faenas redondas.

¿Por qué Pepe Luis no ocupa en el toreo el lugar que por calidad le pertenece?

Pues porque un torero de mis características es muy 'delicao' y requiere de unas circunstancias un tanto especiales para que vaya a gusto a la plaza, y actualmente no se dan. Y luego, porque también dependo mucho de la materia prima que tenga delante, del toro. Necesito un toro que se adapte a mi forma de torear. Nunca he ido de cualquier manera y a estas alturas de mi carrera menos aún. Pero sí me gustaría torear un cierto número de corridas al año.

¿Cree usted que el público que se sienta en un tendido entiende esas circunstancias 'especiales'?

Pienso que no. Por regla general el público no tiene paciencia con este tipo de toreros y enseguida, si no salen las cosas, se enfada. Y llega la bronca. Sin embargo, cuando rueda la pelota y te ven hacer esas 'cosas' de las que eres capaz se ponen todos de acuerdo, felices y contentos; pero para que eso suceda antes tienen que verte siete u ocho tardes en las que todo sale al revés. Y ni el público ni las empresas están dispuestos a aguantar eso.

Se le tachó de falta de ambición, de indolencia, de conformismo...

Lo sé, pero mi ambición se alimentaba de un sentimiento artístico, de pura inspiración... Nací torero y soy torero, pero reconozco que me hubiera gustado tener un poquito más de regularidad. Haber sido capaz de taparme en determinados momentos. Aunque cuando lo he intentado me he sentido ridículo. Hoy esa actitud no la perdonan. Pero uno es como es...

¿Y cómo lo lleva? ¿Con resignación, con un sentimiento de impotencia, de frustración...?

Siempre fui consciente de que ser torero es casi un milagro. A lo largo de mi carrera he sido fiel a mi forma de ser y de sentir, a mis principios. Y estoy contento y agradecido. He vivido momentos muy hermosos en esta profesión, y si no he podido plasmar en el ruedo todo lo que yo deseaba, no es menos cierto que he dejado algún detalle que ha quedado ahí, para el recuerdo. Me reconforta mucho pensar que después de treinta años aún quedan aficionados que se acuerdan de un cambio de manos, de una serie de naturales, de un lance o de una media verónica; porque ¡caramba! eso también es muy bonito.

Pues le aseguro que muchos aficionados hemos sentido esa frustración de la que le hablo.

Un gran escritor ya fallecido, José María Requena, me comentó en cierta ocasión que frustración era lo que él y muchos otros aficionados sentían, por no haberme visto más veces. No supe que responderle, pero aquello me gustó.

El cronista taurino Cesar Jalón Clarito dejó escrito en sus memorias lo siguiente: "Victoriano de la Serna torea pocas corridas en la temporada. Unos dicen que por caro, y otros que por raro". ¿Y en su caso?

(Risas) Hombre, a mí lo que de verdad me llena, como me dijo un aficionado mexicano después de torear, es ver pasar el rabo del toro muy despacio, y eso lo permiten sólo unos pocos. Por eso lo de matar corridas muy escogidas. La gente no va a la plaza a cabrearse, y yo los cabreo con frecuencia. En el aspecto económico nunca tuve problemas.

Los toreros antiguos hablaban del toro a 'contraestilo', pero hoy parece que no existe.

Porque hoy los toreros tienen una capacidad fuera de lo normal y le pegan pases a todos los toros. Aunque quizás su estilo, su manera de expresar en la plaza, en muchos casos, tampoco está muy definida artísticamente.

Hablemos del sufrimiento de un torero de su condición.

A la plaza siempre va uno con la angustia y la incertidumbre del qué pasará hoy. Y cuando además se torea tan poco, como ha sido mi



” Mi padre es un hombre sabio y de pocos consejos, con un gran sentido del humor, porque en la seriedad reside la auténtica gracia”

caso, todo son dudas, miedos e inseguridades. Y convivir con esa zozobra se hace durísimo. Aunque parezca una persona tranquila y equilibrada, por dentro tengo mi oleaje. La mente es un mundo desconocido. En la plaza intentas sobreponerte y tirar para adelante, pero confieso que siempre me costó mucho trabajo hacer el esfuerzo. Tengo el valor justo para ser torero, pero nada más. Sin embargo, creo que cuento con una base técnica que me ha permitido resolver la papeleta con dignidad. Ten en cuenta que he toreado unas veinte ferias de Abril y trece o catorce de San Isidro, y ahí sale el toro. Lo que me ha hecho daño ha sido la espada. Andaba 'mu aperreo' y me jugaba malas pasadas.

Quizás para el toro de hoy esa base técnica no sea suficiente. Ahora los toreros son extremadamente técnicos.

Mi técnica consistía en estar bien colocado y sobre todo en cogerle pronto el lado bueno al toro. Luego hay que saber torear con cintura, suelto de brazos, acompañar la embestida y jugar la muñeca al final del muletazo. Traer y llevar al toro como tú lo sientas. No hace falta más. Pero ahora parece que a todo le quieren poner nombre y en el toreo hay cosas que no lo tienen porque surgen de la inspiración. De querer matizar tanto, incluso, ha surgido una nueva terminología que ni siquiera me pa-

rece torera. Con tanta técnica el toreo pierde creatividad.

¿Su padre, el gran Pepe Luis Vázquez, el Sócrates de San Bernardo, le hablaba de ella?

Mi padre ha sido hombre de pocos consejos y pocas palabras. Y como hombre sabio dejaba que desarrollara según mi propia intuición, solo, tanto en el campo como en la plaza. Lo único que le preocupaba, y en ello incidía bastante, es en que viera pronto el lado bueno del toro. Que estuviera pendiente de los cambios de comportamiento que suelen tener. Nada más. Bueno, y que echara siempre los avíos cuatro o cinco metros por delante, que enganchara las embestidas.

¿Y no echaba en falta otros consejos?

Para nada, es más, a veces incluso hacía lo que yo creía, desobedeciendo algún consejo. Si un torero realmente lleva algo dentro se tiene que imponer. No se puede torear al dictado.

¿Le costó decirle a su padre que quería ser torero?

Mucho, no quería que se enterara. Cuando tomé la decisión tenía diecisiete años. Toreé algunas novilladas sin caballos por los pueblos, sin que él lo supiera, así que cuando me vio por primera vez en el campo quedé muy sorprendido

¿Y qué le dijo?

Que tenía posibilidades.

¿Es partidario suyo?

Sí, y en una ocasión me confesó que de toda su familia yo era el que había toreado con más pureza.

Algunos aficionados encontraban similitudes con Antonio Bienvenida. ¿Le gusta la comparación?

Me gusta mucho. Date cuenta que Antonio ha sido de los toreros que mejor han toreado de la historia. Fui a verlo a varias corridas, y luego lo he disfrutado mucho en el campo. Era un torero que me llenaba. Además tenía un concepto muy similar al de mi padre, y ambos se profesaban una gran admiración. Antonio era de una finura maravillosa.

Sobre todo cuando toreaba sobre la mano derecha.

Estoy totalmente de acuerdo. He visto fotografías de un parecido asombroso. También Vicente Zabala escribió en una crónica en la feria de otoño de 1985 que tenía más cosas de Antonio Bienvenida que de mi padre. Fue el año que corté una oreja a un toro de Torrealta en San Isidro y me repitieron en la feria de otoño, la tarde de la despedida de Antoñete en Las Ventas. Por eso le brindé la muerte del primer toro, al que corté una oreja después de haberlo pincharlo varias veces. Cuando llegué al callejón el maestro me dijo que en algunos mo-

mentos le había recordado a mi padre el día que Marcial Lalanda dijo adiós en Madrid. ¡Imagínate que satisfacción! La respuesta del público de Madrid es inmediata, sorprendente.

¿Tanto?

Una tarde le pegué a un toro cinco o seis muletazos y me dieron no sé cuantos premios. Aquello tuvo cierta gracia, porque me llevé más premios que muletazos había pegado.

¿Le afectaban mucho las tardes malas?

Sí, me afectaban bastante. Lo pasaba mal, porque sentía la impotencia del que sabe que lleva algo dentro y no puede expresarlo. Eso es lo que más me dolía. Hasta que me venía otra vez arriba tenían que pasar unos días. También lo sentía por mis partidarios.

¿Se puede torear largo sin forzar la figura?

Por su puesto, porque el toreo es cintura y sobre todo muñeca. Con un muñecazo puedes sacar a un toro de la plaza. El toreo es pureza, sencillez y naturalidad. No hace falta retorcerse ni forzar la figura.

Salvo raras y contadas excepciones, a los toreros de hoy les falta entrar y salir de la cara del toro con torería. Todo son aspavientos, voces, gestos desafiantes con la espada...

Bueno, quizás necesitan jalearse. O provocar al público, no lo sé. Pero ni comparto ni me gustan esas formas. Yo he bebido en otras fuen-



” *A* todo le quieren poner un nombre, y en el toreo hay cosas que no lo tienen porque surgen de la inspiración”



tes, donde los toreros clásicos entraban y salían con otro sabor. Mi padre no se cansaba de hablar de Juan Belmonte y de Chicuelo. Lo más importante en el toreo es el temple. Fíjate hasta que punto es importante que si ahora saliera un tío con la cara de Herman Monster toreando despacio pondría la plaza bocabajo. Pero, amigo, el temple es innato.

Usted les hablaba muy bajito a los toros, casi como un susurro...

Porque también considero que está feo pegar voces. A mí sólo me escuchaba el toro. Con el toro hay que tener una comunicación absoluta.

Siempre me ha impresionado el tremendo contraste que existe entre la sensibilidad del artista y la violencia del toro.

En esa fusión, en esa armonía reside el milagro del arte de torear. En acariciar con mimo, con suma delicadeza algo que en principio no está al alcance del ser humano. Si a lo largo de tu carrera logras esa conjunción, aunque sea tres veces, es para morir de gusto. Mi padre dice que en su vida sólo ha tenido esa sensación cuatro o cinco veces.

También dice que para realizar con éxito la conocida suerte del cartucho de ‘pescao’ hay que tener ‘paciencia’...



Pero yo no la he tenido (risas). Nunca lo vi claro. ¡Uf! dejarte llegar un toro con tanta fuerza y tanta violencia y además con la muleta plegada en la mano izquierda... Yo estaba más cómodo en la media distancia, igual que él, pero como el maestro tenía tanta casta era capaz de hacerlo para enganchar a la gente. Era una declaración de intenciones. Una actitud.

En una entrevista publicada en esta revista, Fernando Cepeda confesó algo interesante, teniendo en cuenta que es un torero de allí: "En Sevilla me miraban con lupa y en Madrid se conformaban con poco". ¿Ha sentido algo parecido?

Bueno, no sé si tanto, pero digamos que en Sevilla me han medido más. También es cierto que en Madrid me han embestido más toros, pero en los pocos que he toreado en la Maestranza se han vuelto locos.

Además en Sevilla sufrió la cornada más grave de su carrera.

En Sevilla me han pegado las cuatro cornadas que tengo. A la que tú te refieres, un 25 de mayo de 1989, fue en la tradicional Corrida de la Prensa, con un toro de Gabriel Rojas. Con el capote, al ver que me apretaba quise salirme para afuera con él, sobre las

piernas, cuando de repente me alcanzó de lleno y me metió el pitón en el muslo izquierdo, provocando una trayectoria ascendente que llegaba a la cavidad abdominal. Yo sabía que la cornada era gorda, por el dolor y porque entré en la enfermería de la plaza a punto de perder el conocimiento, con una gran hemorragia. Me costó un poco recuperarme.

El nombre de Pepe Luis Vázquez está muy ligado a la ganadería de Miura.

Mi padre mató muchas corridas de Miura en Sevilla, y yo no quería abandonar mi carrera sin matar alguna. Por eso lo hice dos años consecutivos, en las temporadas del 91 y 92. El primer año la cosa se dio bien, incluso hice un quite por delante que gustó mucho a la afición. Esa mañana amaneció nublado, lloviznando, y recuerdo cómo le pedí al Señor, con todas mis fuerzas, que por favor cayera una tromba de agua, para que la corrida se suspendiera. Afortunadamente no me escuchó y, sin redondear nada, fue una tarde mágica, por muchos motivos. Sin embargo al año siguiente me echaron uno al corral. Cosas que pasan. Fue justo el día después de que un toro de Atanasio le quitara la vida a Manolo Montoliu.

¿Le impresionó pisar la misma arena?

Me impresionó mucho. El paquetón que pasé fue horroroso. En mi carrera se han dado una serie de coincidencias cuando ha sucedido una tragedia en el ruedo. Dos días después de morir 'Paquirri' toreadé en Sevilla sustituyendo a Manzanares, y le corté la oreja a los dos toros, en una feria de San Miguel en el año 84. Y después sustituí a Curro Romero en Madrid, a los pocos días de morir José Cubero 'Yiyo', en Colmenar Viejo. Fue la tarde de la despedida de Antónete de la que hemos hablado, porque en un principio no estaba anunciado. Y por último la de Miura al día siguiente de lo de Montoliu.

Tiene fama de haber sido disciplinado y exigente en su entrenamiento...

(Risas) Bueno, me gustaba y me gusta hacer una vida con un cierto orden, andar un ratito y torear en el campo, pero no he sido hombre de machacarse haciendo deporte, la verdad. Ahora, sin embargo, en vez de coger el coche me gusta ir en bicicleta a todas partes, y como vas sentado, las articulaciones no sufren el mismo daño que cuando corres.

En fin, que no es de castigarse el cuerpo. ¿Castigarme? Qué va. ¡Me sienta fatal!

¿Por qué?

Porque me canso.

¡Ole!

No, en serio, que me sienta muy mal. Y a la plaza no puedes ir cansado.

¿Y fuera de la plaza...?

Me gusta tomarme mis vinitos con los amigos, y canturrear. Soy un apasionado del flamenco. Pero con el vinito hay que tener cuidado... Aunque me gusta ese puntito donde afloran los recuerdos bonitos y los buenos sentimientos.

¿Lo del vino lo dice porque engorda o por los puntos del carnet?

Por los puntos...Aunque ahora voy en bici.

¿Le reconocen por la calle?

Procuro ir con gorra y gafas de sol. Pero el otro día, uno de aquí, me dijo con gracia: "Pepe Luis, hijo, hasta montando en bicicleta tienes arte".

Tengo entendido que es un gran aficionado a la caza de perdiz con reclamo.

Y además es un ejercicio muy saludable.

Hombre, ejercicio, lo que se dice ejercicio...

Que sí, que sí, pero no hay que sentarse en el primer sitio que veas. Se trata de dar un paseíto por el campo, con la escopeta al hombro, la jaula, y el pájaro. Y no te creas, que después de llevar un ratito andando, aunque parezca mentira, la jaula pesa. E